

ARMANDO PEGO PUIGBÓ

CALDERÓN DE LA BARCA

Contraedípico



CALDERÓN DE LA BARCA O LA EUROPEIDAD HISPÁNICA.

A fin de celebrar debidamente el cuarentingésimo vigésimo quinto aniversario del nacimiento de Pedro Calderón de la Barca (1600-1681), cabría afirmar sin ambages que el autor de *La vida es sueño* es uno de nuestros escritores más europeos. Las líneas que siguen no pretenden justificar tal afirmación, sino simplemente recordar con ella la universalidad hispánica de nuestro Barroco.

Subordinado tal vez el análisis de sus obras durante mucho tiempo a las grandes categorías historiográficas que han servido para explicar las líneas generales de la literatura española del siglo XVII, su singularidad ha quedado habitualmente encajonada entre el conceptismo y la renovación de los géneros dramáticos. Admirado por los hermanos Schlegel, Calderón habría quedado reducido a la más alta cota romántica de la Contrarreforma española, a través muy especialmente de sus autos sacramentales.

Como han puesto de relieve los estudios literarios y biográficos de los últimos años, en la figura de Calderón se pueden observar los rasgos más acabados de nuestros siglos áureos, en el momento de un esplendor que empezó a dar las primeras muestras de cansancio después de las firmas de la Paz de Westfalia (1648) y de la Paz de los Pirineos (1659).

Tras convertirse en bachiller en derecho civil y canónico (1621), abandonó por tres décadas la carrera hacia el sacerdocio para entregarse al mundo del teatro. Inmerso en lances y aventuras de juventud, nunca alejado del patrocinio real y del servicio de la más alta nobleza, alcanzó el hábito de caballero de Santiago (1636). En aquella fecha se publicó la *Primera parte* de sus comedias. Participó en la Guerra de Cataluña (1640-1642) y fue secretario del Duque de Alba (1646-1649). Ordenado en 1651 sacerdote, el maduro Calderón se resistió a ser sólo un poeta de corte o un soldado devenido sacerdote. Desempeñó con decoro su ministerio sacerdotal, a la par que ejerció con el máximo rigor su vocación de dramaturgo. Fue nombrado capellán real en 1663. Aunque pasó algunas estrecheces económicas en sus últimos años, no dejó de escribir los más variados géneros teatrales. En fecha tan avanzada de su vida como la de 1677 salieron de la imprenta tanto la *Quinta parte* de sus comedias como la *Primera parte* de sus autos sacramentales.

Lejos de la tomentosa genialidad de Lope de Vega, Calderón no es un innovador, pero tampoco se le puede asignar la etiqueta de epígono. Al lograr perfeccionar el modelo de la *comedia nueva* lopista, se convirtió en el maestro de la siguiente generación de comediógrafos, entre los que descollaron Agustín Moreto y Francisco Rojas Zorrilla. Asimismo, en sus manos el auto sacramental, de raíces medievales pero sometido a una extraordinaria renovación en el teatro castellano desde el Humanismo y el Renacimiento, adquiere una gravedad y una autoridad estético-teológica que, de nuevo sin ser estrictamente *original*, marca una de las cimas insuperables del teatro europeo de su época.

Fue autor de un buen puñado de obras maestras. Su talento dramático sobresalió en diferentes géneros a lo largo de su entera trayectoria artística. En su juventud bordó tanto las comedias al estilo de *La dama duende* (1629) como la casi tragedia con *El príncipe constante* (1629). En plena madurez entregó a su público el drama de honor *El alcalde de Zalamea* (1651), algunos de cuyos versos han quintaesenciado durante generaciones el espíritu clásico español («Al Rey, la hacienda y la vida / se ha de dar, pero el honor / es patrimonio del alma, / y el alma sólo es de Dios»). Por último, no puede pasarse en absoluto por alto un auto sacramental como *El gran teatro del mundo* (c. 1636, 1649), el cual, para críticos como Ángel Valbuena Prat, anticipó la dramaturgia de Luigi Pirandello.

LA VIDA ES SUEÑO O EL AMOR DE LA LIBERTAD.

Permítanme los lectores que, de entre toda la producción calderoniana, resalte la especial intensidad con que sigue brillando una obra cumbre de la dramaturgia universal. Me refiero a la comedia «filosófica» *La vida es sueño* (1635). Temas políticos y religiosos como la libertad y el destino, el honor y la rebelión, el amor y la violencia o el teatro y la existencia se funden en una obra que merece en su plenitud el calificativo de *clásica*.

Su primer monólogo («¿y teniendo yo más alma / tenga menos libertad?») habría de servir para caracterizar a su protagonista Segismundo no como el anti-Hamlet, sino como el contra-Hamlet español, es decir, no como el antagonista del príncipe danés, sino como su admirable contrario.

Basilio encerró a su hijo Segismundo en una torre para que no ver cumplidos los vaticinios que había creído descubrir en los movimientos de los astros. Sobre este *pecado* añade el de liberarlo con el único objetivo de darse la razón y poder encerrarlo ya de modo definitivo, con buena conciencia. A este aprendiz de brujo se le acaba escapando de las manos la dinámica del poder: no el de las estrellas sino el de la rebelión política que le pone a las plantas de su hijo.

Engañado, trastornado, manipulado, Segismundo se deja arrebatar por el mecanismo de la venganza de una manera que habría admirado a Hamlet. Pocos actos como el segundo de *La vida es sueño* contienen condensada una violencia tan seca y brutal. El espectador asiste en él con una velocidad portentosa y un aliento ético espeluznante a un asesinato y a un intento de violación. Sólo a través de las figuras del engaño y el sueño nuestro protagonista es capaz de descubrir una verdad más honda y serena.

Ciriaco Morón tenía razón al señalar que, en su contexto, «*La vida es sueño* es la dramatización de ese paso de la violencia a la prudencia, entendidos ambos términos en sentido escolástico», a través de dos temas de carácter teológico: el poder de las estrellas sobre la libertad y los fines del matrimonio. Visto así, como señalaba el propio Morón, es indudable que los sufrimientos que intentan expresar los monólogos de las comedias españolas, entre las que habría que incluir este drama calderoniano, surtirían sobre todo un efecto retórico y poético, de índole metafísica más que propiamente sentimental.

Hasta el propio Menéndez Pelayo recriminaba como «quizás el único importante lunar de la obra», «dentro de las condiciones siempre un poco amaneradas y convencionales de la ejecución calderoniana», el cambio de carácter inmotivado de Segismundo entre el segundo y el tercer acto. Quedaría así lejos del gusto moderno la falta de una profundización psicológica de los personajes en el teatro clásico español. ¿Pero no es posible ver con otros ojos a Segismundo y con él la obra entera, como intentó hace ahora un año el montaje de Declan Donnellan con la Compañía Nacional de Teatro Clásico?

Harold Bloom repetía que Hamlet había mostrado en el Acto V una sabiduría abismal que excedía nuestra comprensión. El Segismundo del Acto III, de una manera rápida, pero quizás no tan apresurada como se le supone, alcanza por sus solas fuerzas un conocimiento y una prudencia que intuye, no por precaria, menos cierta. No cabe tampoco engañarse. En nuestro país ninguna generación ha tenido jamás la generosidad de *educar* a la siguiente. Simplemente ha cumplido el deber de *forjarla* en el yunque de sus intereses, como había ejecutado con ella la precedente. Como Segismundo, tal vez quepa prescindir de la revancha que sólo confirma la culpa misma.

En nuestra obra el camino de la libertad es indisociable del amor. La respuesta a los apóstrofes del infeliz Segismundo sobre su insoportable castigo es la presencia de Rosaura. La misma muchacha que, como una contra-Ofelia, se resiste primero a la violencia de Segismundo y que se precipita, tal un «hipogrifo violento», sobre él en el último acto para reclamarle, presa de una verborragia incontenible, la reparación de su honor no tiene más remedio que reconocer a lo último su discreción y su prudencia.

Al final, las instituciones políticas y sociales quedan salvaguardadas. La rebelión es sofocada, pero sus exigencias son atendidas. La honra de Rosaura queda restaurada. La infame lealtad de Clotaldo, recompensada. Estrella no se ve desairada gracias a su matrimonio con Segismundo. Tal vez sólo Clarín, la contrafigura cómica del Pistol de la trilogía shakesperiana de *Enrique IV-V*, alcanza, no a comprender, sino a aceptar con su patética muerte que «está de Dios» el destino de la libertad que Segismundo cifra en el intersticio de la vida y el sueño. El amor obtiene la libertad al precio de su renuncia transfigurada. Sí, también Rosaura lo entiende.

Si Hamlet se resiste a la venganza y acaba, por el absurdo de la más vil traición, cumpliéndola hasta sus heces, Segismundo, que desea entregarse frenéticamente a ella, comprende abrumado la providencia que rige sus actos más oscuros, y se salva. René Girard sostenía que con *Hamlet* Shakespeare mostraba, como en un espejo metateatral, el desinterés que le provocaba el género del drama de la venganza. Podría decirse que con *La vida es sueño* Calderón liberaba de las cadenas de la vigilia las imágenes de la libertad que no cesamos de representarnos:

*pues así llegué a saber
que toda la dicha humana
en fin pasa como sueño,
y quiero hoy aprovecharla
el tiempo que me durare,
pidiendo de nuestras faltas perdón,
pues de pechos nobles
es tan propio el perdonarlas.*

BIBLIOGRAFÍA

Ignacio Arellano, *Calderón y su escuela dramática*. Madrid: Ediciones del Laberinto, 2001.

Pedro Calderón de la Barca, *La vida es sueño*. Ed. C. Morón. Madrid: Editorial Cátedra, 2024.

Don W. Cruickshank, *Calderón de la Barca*. Madrid: Gredos, 2011.

Juan Manuel Escudero Baztán, *Amor, honor y poder o el universo dramático de Calderón*. Madrid. Iberoamericana Editorial Vervuert, 2021.

Marcelino Menéndez Pelayo, *Calderón y su teatro*. Madrid: [s. n.], 1884. Digitalizado en <https://www.rae.es/archivo-digital/calderon-y-su-teatro>.

Henry H. Sullivan, *Calderón in the German Lands and the Low Countries: His Reception and Influence, 1654-1980*. Cambridge: Cambridge University Press, 1983.

Ángel Valbuena Briones, *Calderón y la comedia nueva*. Madrid: Espasa-Calpe, 1977.



Actividad subvencionada por el Ministerio de Cultura